

SANDRA FERRER

MUJERES SILENCIADAS EN EL RENACIMIENTO

LAS ARTES, LAS CIENCIAS
Y LAS PRIMERAS FEMINISTAS



PUNTO DE VISTA EDITORES

Sumario

PRÓLOGO. CUANDO LA PLUMA SE ENFRENTÓ A LA RUECA	11
1. BUSCANDO EL «YO» FEMENINO	13
2. LA POESÍA NO SIEMPRE ES DE AMOR	24
3. HUMANISTAS Y ERUDITAS	58
4. EL TEATRO MÁS ALLÁ DE SHAKESPEARE	67
5. DAMAS Y CABALLEROS	74
6. DE MUSAS A GENIOS DEL ARTE	77
7. LA BÚSQUEDA DE LA PIEDRA FILOSOFAL	105
8. COMERCIANTES Y GARANTES DE LA CULTURA	131
9. PIRATAS Y CONTRABANDISTAS	141
10. EXPEDICIONARIAS Y CONQUISTADORAS	150
11. ESPAÑOLAS EN EL NUEVO MUNDO. VIRREINAS Y GOBERNADORAS	157
12. MONJAS Y MAESTRAS	166
13. QUERELLA DE LAS MUJERES. LAS FEMINISTAS DEL RENACIMIENTO	169
BIBLIOGRAFÍA	215
NOTAS	255
ÍNDICE ONOMÁSTICO	259

Es un hecho notable que siempre que las mujeres se han dedicado en algún momento al estudio de cualquier arte o al ejercicio de cualquier talento, en su mayor parte han adquirido buenos resultados.

GIORGIO VASARI

Prólogo

Cuando la pluma se enfrentó a la rueca

Cocinar, limpiar, coser, parir, criar, amamantar, fregar, bordar, alimentar, cuidar, sanar, vigilar, obedecer, escuchar, callar. Tareas infinitas eran las que ahogaban a las mujeres a lo largo de extensas jornadas en eternas semanas de trabajos no remunerados y muy poco valorados. Mientras Europa avanzaba hacia la creación de sus poderosos Estados modernos y lo hacía mostrando ese poderío a través de la magnificencia del arte, la literatura y el saber, ellas permanecían ocultas tras el humo de los fogones y en la sombra de unas estancias llenas de trastos, ropa que guardar y alimentos que conservar. La vida de las mujeres en la época del Renacimiento no fue muy distinta a la vivida por generaciones anteriores y posteriores. A pesar de la brillante etapa que vivió el mundo occidental, ellas continuaron siendo vistas como simples hacedoras de niños y esclavas de un hogar en el que no siempre habían deseado estar.

El Renacimiento legó al mundo arte, literatura, ciencia. Fueron tiempos de luz, de saber, de avance hacia un mundo que caía rendido a la insoportable belleza del *David* de Miguel Ángel y perdía la noción del tiempo disfrutando de las obras apasionantes de Shakespeare mientras Galileo pasaba eternas horas observando el firmamento. Y, mientras tanto, ellas

debían poner un plato en la mesa al genial escultor, lavar la ropa al inmortal dramaturgo y velar por la salud del agotado astrónomo. Madres, hermanas, hijas, esposas, ellas eran un anexo, una nota al pie, un pequeño detalle en lo más recóndito del excelso cuadro que formó la cultura del Renacimiento. Ellas no tenían tiempo para escribir, para mirar al cielo, para crear. Ellas no estaban destinadas a alcanzar la inmortalidad. ¿Qué mérito tenía lavar un plato o remendar una camisa?

Ante esta situación, la historia, la historia de los hechos de armas, la historia del arte, la historia de la ciencia, ha estado protagonizada por hombres. Pero, como siempre, en la vida, existen más que honrosas excepciones. A lo largo de este humilde proyecto iniciado con las mujeres silenciadas en la Edad Media y seguido por las mujeres silenciadas en el Renacimiento en el ámbito del poder, ahora toca escudriñar en el pasado para descubrir que, a pesar de las extenuantes tareas domésticas, a pesar de los prejuicios sociales, a pesar de todas y cada una de las muchas dificultades, las mujeres que vivieron en los siglos xv y xvi escribieron poesía, novela (¡incluso de caballería!), pintaron obras murales y buscaron la verdad en las estrellas. En esos momentos de inicio de la Edad Moderna era tal la indignación ante las insistentes injusticias que debían de soportar que llegaron incluso a escribir en España, Francia o Italia alegatos cada vez más llenos de rabia, pidiendo, exigiendo, que cesara el cruel rechazo al genio femenino.

En la Europa del Renacimiento, ellas también crearon. Ellas también hablaron. ¿Queréis descubrirlo?

Buscando el «yo» femenino

El Renacimiento nos ha legado infinidad de nombres propios de plumas femeninas. Las propias reinas y nobles, como Isabel I de Inglaterra o Lucrecia Tornabuoni en Florencia, volcaron sus sentimientos en hermosos poemas; damas en las cortes o mujeres del patriciado urbano y la burguesía emergente demostraron ser auténticas maestras de la literatura. Durante la Edad Media, los textos femeninos provenían principalmente de religiosas o damas de alta cuna. A partir del siglo xv, el número de mujeres que empezó a escribir y publicar su obra fue en aumento. También se fueron ampliando las temáticas abordadas, pues a los textos devocionales, libros de enseñanza a sus hijos y cartas se añadieron diarios, relatos, ensayos y poesía de temática secular e incluso subversiva (para los estándares de la época, se entiende). El Renacimiento vio aparecer un número cada vez más elevado de mujeres cultas y eruditas que se unieron al humanismo e intentaron formar parte, no sin dificultad, de la sabiduría y la belleza que se había expandido en aquellos años por muchos rincones de Europa.

Maestras y genios no siempre aclamados. Poetas, novelistas, autoras de cuentos, autobiografías,

apologías en favor de las mujeres, mujeres que hablaban de amor, de guerra, de sus propias experiencias, no siempre acordes a la ortodoxia que la sociedad les imponía. Mujeres privilegiadas que podían aprender a leer e incluso escribir en privado obras que a menudo quedaban en un cajón como simples entretenimientos. Ver publicados sus versos, sus relatos, sus historias podía suponer toda una osadía poniéndose en el foco de la opinión pública, mayoritariamente masculina y a menudo poco dada a la alabanza de sus congéneres femeninos. Pero hubo quienes publicaron y quienes recibieron el respeto de hombres cultos, sabios, con talento y genialidad. Este es solo un pequeño mosaico de nombres y de historias brillantes de mujeres geniales, de mujeres valientes que empezaron a romper el silencio de siglos pasados.

La figura de Margery Kempe (1373-1438) se sitúa en los límites, a veces indefinidos, entre la Edad Media y la Era Moderna. Considerada como la autora de la primera biografía escrita en lengua inglesa, Margery podría simbolizar a las mujeres que iniciaron el camino de la escritura alejadas de los muros conventuales. La Edad Media legó infinidad de obras literarias femeninas, pero la gran mayoría, a excepción de figuras como Cristina de Pizán o Leonor López de Córdoba, formó parte del mundo religioso. Poco a poco, la escritura femenina iría saltando las densas paredes monacales para afianzarse en los hogares aristocráticos y en las cortes reales. En el caso de Margery no fue ni una cosa ni la otra, fue una mujer burguesa, emprendedora y viajera que vivió según su propia voluntad, o la voluntad

divina, pero no la que le mandara ningún otro ser humano.

Margery nació alrededor del año 1373 en King's Lynn, uno de los puertos ingleses más prósperos de la época. De sus orígenes poco más se sabe, solamente que su padre fue alcalde de Lynn y miembro del parlamento. Porque sus memorias, dictadas cuando era una anciana de sesenta años, puesto que no sabía leer ni escribir, empiezan con su primer embarazo.

Cuando esta criatura tenía veinte años de edad, o algo más, se casó con un adorado ciudadano [de Lynn] y quedó embarazada al poco tiempo, tal como lo disponía la naturaleza. Y después de concebir, la atormentaron graves ataques de enfermedad hasta que nació el niño. Y entonces, con los dolores de parto que tuvo y la enfermedad que la había precedido, se desesperó de su vida, creyendo que no viviría. Entonces ella mandó llamar a su confesor, porque tenía algo en su conciencia que nunca había revelado antes de ese tiempo en toda su vida.¹

Margery se había casado con John Kempe, con quien vivió unos años en los que parece ser que abrieron una cervecería y un molino. Es posible que Margery sufriera depresión posparto desde la llegada al mundo de su primer hijo. Tuvo unas visiones de Cristo y quiso tomar una drástica decisión, vivir en castidad. «Después de este tiempo no volvió a tener ningún deseo de tener relaciones sexuales con su esposo, porque pagar la deuda del matrimonio era tan abominable para ella que preferiría, pensó,

haber comido y bebido el lodo en la cuneta que consentir a las relaciones sexuales, excepto por obediencia».² A pesar de las súplicas, no consiguió que su marido aceptara su deseo:

No puedo negarte mi cuerpo, pero todo el amor y afecto de mi corazón está apartado de todas las criaturas terrenales y puesto en Dios solamente. Pero él quiso hacer su voluntad con ella, y ella obedeció con mucho llanto y pena porque no podía vivir en castidad. Y muchas veces esta criatura aconsejó a su marido que viviera casto y decía que muchas veces (ella bien lo sabía) habían desagradado a Dios por su amor desordenado, y el gran deleite que cada uno tenía en usar el cuerpo del otro.³

Tuvo que soportar hasta catorce embarazos antes de poder cumplir su voluntad, o la voluntad de Dios. Tras esta larga etapa de maternidad, consiguió que su marido aceptara sus deseos y se alejó de sus obligaciones conyugales.

Fue entonces cuando Margery asumió su propio destino, un destino muy poco habitual en una mujer. Lejos de encerrarse en un convento, se dispuso a peregrinar por el mundo.

Al poco tiempo, esta criatura fue movida en su alma a ir a visitar ciertos lugares por salud espiritual, para encontrar sanación; y no podía sin el consentimiento de su marido. Ella le pidió permiso a su esposo y él, creyendo plenamente que era la voluntad de

Dios, accedió y fueron juntos a los lugares que ella deseaba.⁴

Primero por distintos puntos de Inglaterra, en los que entró en contacto con religiosos, ermitaños y emparedadas, como la célebre mística Juliana de Norwich. Desde Inglaterra, sus pasos la llevaron a los caminos de la Europa cristiana, para llegar a Tierra Santa, Roma y Santiago de Compostela. Cómo viajó por tantos lugares, nos lo relata ella misma:

El Señor le mandó en su mente dos años antes de partir, que fuera a Roma, a Jerusalén y a Santiago de Compostela, y con mucho gusto hubiera ido, pero no tenía dinero para ir. Y entonces ella le dijo a nuestro Señor. «¿De dónde sacaré el dinero para ir a estos lugares sagrados?». Nuestro Señor le respondió: «Te enviaré suficientes amigos en diferentes partes de Inglaterra para que te ayuden. Y, hija, iré contigo a todos los países y te proveeré. Te conduciré allí y te traeré de regreso a salvo, y ningún inglés morirá en el barco en el que estás. Te guardaré del poder de todos los hombres malvados. Y te digo, hija, que quiero que te vistas de blanco y de ningún otro color, porque te vestirás conforme a mi voluntad.⁵

En sus memorias, Margery Kempe nos regala una descripción de los viajes a los Santos Lugares de primera mano:

Luego fueron a la Iglesia del Santo Sepulcro en Jerusalén y los dejaron entrar un día a la

tarde, y se quedaron hasta la tarde del día siguiente. Entonces los frailes levantaron una cruz y condujeron a los peregrinos de un lugar a otro donde Nuestro Señor había sufrido sus dolores y su Pasión, cada hombre y mujer llevando una vela de cera en la mano. Y los frailes siempre, andando, les decían lo que nuestro Señor padecía en cada lugar. Y esta criatura lloró y sollozó tan abundantemente como si hubiera visto a Nuestro Señor con sus ojos corporales sufriendo su Pasión en ese momento. Ante ella en su alma lo vio en verdad por la contemplación, y eso le hizo tener compasión. Y cuando subieron al Monte del Calvario cayó porque no podía estar de pie ni arrodillarse, sino que se retorció y luchaba con su cuerpo, extendiendo los brazos y llorando con gran voz como si su corazón fuera a estallar, porque en la ciudad de su alma vio verdaderamente cómo nuestro Señor fue crucificado.⁶

Cuando llegó de su viaje a España, hacia el año 1415, Margery fue detenida por las autoridades. Su vestimenta, ropa blanca, no le estaba permitida, pues ella no era una virgen consagrada a Dios, era una mujer que había sido madre en múltiples ocasiones. Margery justificó su decisión aludiendo a las órdenes directas de Dios: «Ah, Dios mío, si ando vestida de manera diferente a como otras mujeres castas se visten, temo que la gente me calumnie. Dirán que soy una hipócrita y se burlarán de mí. “Sí, hija, cuanto más ridículo tienes por amor a mí, cuanto más me complaces”».⁷

Margery no solo salió impune de esta y otras acusaciones, sometida a juicio por herejía, sino que continuó con su vida nada convencional, viajando y predicando, alejada de la ortodoxia que pretendía relegar a las mujeres a la casa y el silencio. Noruega y Polonia fueron algunos de los destinos de sus interminables viajes. Una discusión entre ella y su confesor de regreso a Lynn termina de manera abrupta sus memorias, un texto que permaneció oculto durante siglos, hasta que, a principios del siglo xx, vio de nuevo la luz y ayudó a recuperar la figura de esta mujer tan excepcional para aquellos tiempos en los que la Edad Media llegaba a su fin y la Edad Moderna empezaba a vislumbrarse.

El género epistolar fue una de las maneras más habituales que utilizaron las personas en tiempos del Renacimiento no solo para comunicarse entre sí. Las cartas se convirtieron en pequeños tratados, ensayos en miniatura, breves obras en las que sus autores se dirigían a una audiencia muchos más amplia que la de su destinatario final. Cartas que en muchas ocasiones se publicaron para mostrar al mundo los conocimientos, la sabiduría y las experiencias personales de sus autores. Es por eso que las cartas se convirtieron en fuente importantísima de información pública y privada. Más de setenta nos han llegado de una dama florentina del siglo xv a través de las cuales se puede reseguir su propia vida.

Alessandra Macinghi Strozzi (1408-1471) era hija de una próspera familia de mercaderes de Florencia que había nacido alrededor del año 1408. Filippo di Niccolò Macinghi falleció en 1420. Dos años después

su hija se casaba con una considerable dote que su padre le había dejado. Mateo Strozzi, marido de Alessandra, era un apuesto caballero de alta cuna. Tenía veinticinco años y su esposa apenas catorce. La pareja llegó a tener ocho hijos. Mateo era un próspero comerciante de lanas que se inmiscuyó demasiado en asuntos de gobierno, lo que le llevó a desavenencias graves con los Médici. Tan graves que él y sus hijos mayores fueron condenados al exilio. Alessandra quedó entonces sola en Florencia con sus hijos pequeños, a los que protegió y dio una excelente educación, mientras luchaba por mantener el honor y la fortuna de la familia. Un reto nada fácil para una mujer que durante años mantuvo a flote a los suyos con gran dignidad y entereza, a pesar del dolor sufrido y la tristeza soportada.

En 1435, Mateo falleció en su exilio de Pesaro, donde había permanecido dos largos años, probablemente a causa de la peste. Cuando Alessandra aún no había asimilado la pérdida de su esposo, tuvo que hacer frente a la muerte de tres de sus hijos por la misma terrible plaga. Sus cartas, escritas sin ningún tipo de floritura ni intención de convertirse en obras literarias, eran mensajes concisos de una gestora excelente, de una propietaria que llevó con gran determinación las cuentas de sus bienes inmuebles que había heredado de su familia. Misivas en las que se muestra igualmente la preocupación constante de una madre por sus hijos, a los que no dejó de velar.

En una carta escrita a su hijo Filippo decía:

Estoy pensando, si Dios quiere, en ir a Roma para el Jubileo en abril; si hubiera alguna

manera de que pudieras venir allí, para poder verte antes de morir, sería un gran consuelo para mí. Como ves, no tengo nada más en este mundo aparte de vosotros tres, hijos míos, y por vuestro bien os he dejado ir, uno por uno, sin importarme mi propia felicidad y ahora tengo tanta pena por dejarlos ir de este último que no sé cómo podré vivir sin él. El dolor es demasiado grande y lo amo demasiado, ya que se parece a su padre. Se ha convertido en un chico guapo durante este tiempo que lleva en el campo, viéndolo antes y viéndolo ahora, ha cambiado por completo. Que Dios me conceda darme consuelo. Y así os ruego, ya que quedaré tan abatida, que me deis un poco de consuelo cuando vaya a Roma; que Dios me dé la vida suficiente para volver a veros a todos como deseo.⁸

Hasta su muerte, el 2 de marzo de 1471, vivió en Florencia volcada en sus hijos y sin ninguna intención de casarse de nuevo.

De la inglesa Lady Margaret Hoby (1571-1633) nos ha llegado su historia escrita de puño y letra. Su diario de la época isabelina abarca apenas seis años de su vida, entre 1599-1605, pero es una magnífica ventana a la vida privada y a la piedad de una mujer que bien podría ejemplificar el modelo de dama refinada, culta y piadosa de su tiempo.

Lady Margaret fue la única heredera de un poderoso y rico terrateniente de Linton, en Yorkshire. Margaret fue educada por la condesa de Huntingdon, lady Katherine Hastings (1538?-1620). Lady Katherine era hermana del favorito de la reina,

Robert Dudley, y durante mucho tiempo se dedicó a la formación de las damas de la nobleza. Como rica heredera, lady Margaret fue muy codiciada por los nobles de Inglaterra. El primer afortunado fue Walter Devereux, hijo de la casa de Essex, con quien se casó en algún momento entre finales de 1588 y la primavera de 1589. Walter falleció apenas dos años después, durante una campaña militar en Rouen. Su segundo marido fue sir Thomas Sidney, quien también falleció a los pocos años de casarse con lady Margaret. Viuda por segunda vez y sin hijos, el 9 de agosto de 1596 se casó con su tercer y último marido, sir Thomas Posthumous Hoby.

Lady Hoby pasó buena parte de su vida en Hackness, donde se volcó en la piedad, principalmente en compañía de su confesor Richard Rhodes, y en la ayuda a los más necesitados. Fueron estas actividades, principalmente su espiritualidad, las que llenaron buena parte de las páginas de su diario, mostrándonos cómo era la piedad y cotidianidad doméstica de una dama de su tiempo, un testimonio, sin duda, excepcional.

Cada una de las entradas de su diario son una meticulosa lista de tareas mundanas y espirituales, anotadas incluso por horas:

Por la mañana, después de las oraciones privadas y de preparar el pedido para la cena, escribí algunas notas en mi testamento. 10 horas: luego salí a caminar y, después de regresar a casa, oré con mucho cuidado, leí un capítulo de la Biblia e hice algunas indicaciones para la hora de la cena. Después caminé

un rato con el Sr. Rhodes y luego trabajé e hice algunas cosas en la casa. 4 horas: luego escribí el sermón en mi libro predicado el día anterior, y, cuando hube vuelto a recorrer la casa y dado orden para la cena y otras cosas, regresé al examen y a la oración: entonces caminé hasta la hora de cenar, y después de un rato de catecismo, meditando un poco de lo que me había costado, con lamentos a Dios por el perdón de mi omisión y compromiso en que me encontré culpable, me fui a acostar.⁹

Buena parte de las entradas del diario aluden a su devoción, entra la que intercala cuestiones más mundanas como acudir al «granero y otros lugares de la casa»¹⁰ para supervisar su buen funcionamiento o «hablar con los vecinos»¹¹ con los que convivió y a los que ayudó siempre que pudo.

Lady Margaret falleció en 1633. Podemos imaginar que su vida en los años posteriores a la finalización de su diario continuaron siendo prácticamente iguales, gestionando sus amplias propiedades y profundizando cada día en su piedad.

La poesía no siempre es de amor

Verónica Gambara (1485-1550) soñó con ser poeta y lo consiguió. Sus versos fueron la manera de canalizar sus sentimientos y plasmar sus inquietudes. En sus poemas nos habló del amor, la amistad, el poder y la grandeza de las mujeres. Admiraba a Vittoria Colonna y ensalzó al emperador Carlos V, a quien recibió suntuosamente en su señoría de Correggio, un lugar que convirtió en su hogar y en un Parnaso de arte y literatura.

Pratalboino, una localidad cercana a Brescia, fue el lugar que vio nacer el 30 de noviembre de 1485 a la hija del conde Gianfrancesco da Gambara y Alda Pia da Carpi. Verónica creció rodeada de belleza y saber. Disfrutó aprendiendo latín, griego, filosofía y teología, y no tardó en admirar a autores como Virgilio o Petrarca mientras recibía del gran Pietro Bembo una tutela excepcional. Toda una dama del Renacimiento modelada con los más exquisitos cinceles de conocimientos estaba preparada a sus veinticuatro años para convertirse en la esposa de algún noble. El elegido fue el conde Giberto X, señor de Correggio. Matrimonio concertado como la gran mayoría de su tiempo, pero que terminó siendo una unión feliz de la que nacieron dos hijos. La nueva señora de Correggio

ejerció su papel a la perfección, atrayendo a eruditos, músicos y artistas a su salón en un castillo con una extensa biblioteca que ella misma fue alimentando con títulos y más títulos de valiosas obras de la literatura y el saber. Entre los artistas que protegió, Antonio Allegri, que adoptó el apodo de su ciudad natal. En su *Retrato de dama*, muchos consideran que inmortalizó a la señora que tanto admiró su arte.

Su matrimonio fue efímero. En 1518 quedaba viuda. Desolada. Tan afectada por la desaparición del conde que el castillo otrora lleno de luz y belleza se convirtió en una oscura cueva. Sus brillantes estancias fueron teñidas de luto, como su hermosa figura. Solo telas negras para llorar la muerte de su amado. Solo oscuridad para cumplir una promesa. No casarse nunca jamás. Sus versos fueron un tímido consuelo, una catarsis en la que vertió su más profundo dolor:

Ese lazo que el cielo dispuso e
hizo eternos mis lazos contigo con
mi gran dolor ha sido desatado y deshecho
por esa crueldad que el mundo llama muerte.¹²

El luto tuvo que dar paso a la cordura. Ahora era la señora de Correggio y como tal debía proteger a su pueblo, algo que hizo con eficacia y buen gobierno. Poco a poco, como la noche es preludeo ineludible del día, la luz regresó a la vida de Verónica. Además de la gestión interna de sus posesiones, se convirtió en una importante diplomática en la Italia del Renacimiento. Verónica visitó a su hermano en Bolonia, donde en 1530 fue testigo de la magnífica coronación de Carlos V

a manos del papa Clemente VII. La condesa no desaprovechó la ocasión para codearse con los señores de Europa y forjar lazos diplomáticos en su beneficio. Cuando el emperador salió de Bolonia para poner rumbo a Alemania, Verónica no desaprovechó la ocasión, regresó a Correggio para prepararle una bienvenida a su altura. Hizo construir una espléndida avenida bautizada como Stradone dell'Imperadore para que Carlos V y su amplio séquito pudieran atravesar sus dominios sintiéndose grandemente agasajado. Junto con los festejos, Verónica le dedicó versos laudatorios.

Otra, aún más benigna, fue
la estrella guía del gran Carlos, tan grande
que espero verlo aún más grande, hecho
un dios entre los mortales.¹³

Verónica continuó con su labor como gobernante de Correggio, como anfitriona de su espléndido salón y como mecenas de las artes. Y mientras estaba volcada en la gestión de su Estado, no dejaba de vigilar de cerca los grandes acontecimientos de la Europa moderna. Sabedora del frágil equilibrio entre sus grandes potencias, en 1542 escribió un poema dirigido a Carlos V y Francisco I, eternos enemigos que habían convertido Italia en su campo de batalla. Sus versos eran un ruego firme a deponer las armas y centrar sus esfuerzos en abatir a un enemigo común para la cristiandad, el Imperio otomano.

Que vuestra ira y vuestro antiguo odio, oh,
Carlos y Francisco, sean vencidos en el santo
[nombre de Cristo;

y que seáis fortalecidos por su amor, porque él, por encima de todos los demás, ha sido vuestro amigo.¹⁴

Aunque no se sabe si llegaron a conocerse en persona, Verónica Gambará admiró la obra de Vittoria Colonna, y esta la de la señora de Correggio, dedicándose hermosos versos laudatorios.

Oh, mujer sabia y hermosa,
única en nuestro tiempo, incluso divina,
a quien los más dignos de fama se inclinan
con reverencia,

Aquí en la tierra tu recuerdo será eterno,
ruinoso, arrebataador el tiempo jamás podrá
[destruir tu
nombre, pues tu espíritu será por siempre
[victorioso.

Nuestro sexo debe construir un templo sagrado
y noble como los de Palas y de Febo
construido de rico mármol y oro puro;

Eres el modelo mismo de la virtud, oh,
Señora, y solo quisiera poder alabarte
tanto como te venero y amo y adoro.¹⁵

Hasta 1550 brilló Verónica Gambará con luz propia. Poeta, gobernadora, diplomática, mecenas, hizo de su hogar en Correggio uno de los centros neurálgicos de la belleza renacentista.

Chiara Matraini (1515-1604) no era noble como la dama Gambará; era hija de tejedores que despuntaron en la hermosa ciudad de Lucca. Allí nació el 4 de junio de 1515, y vivió sus primeros años, sin que sepamos cómo alcanzó la educación que la convirtió

en una reputada poeta y escritora. Autora de versos amorosos y obras religiosas, Chiara tuvo una vida longeva, no exenta de escándalos.

Su hermano Luiso fue condenado a muerte por sodomía, mientras que su padre y otro de sus hermanos, Ludovico, sufrieron las duras consecuencias de haber participado en la «rivolta degli straccioni», la revuelta de los vagabundos que en 1531 pretendió obligar a los gobernantes de la república oligárquica de Lucca a permitir que las personas de la baja nobleza y la clase media, a la que pertenecían los Matraini, accedieran a cargos públicos. El resultado fue desastroso, provocando el exilio o la prisión para algunos de sus familiares más cercanos. En 1530, antes de que estallara la revuelta, Chiara se había casado con Vincenzo Cantarini, gracias a una dote que le otorgó su tío Rodolfo. En 1533 nació su hijo Federico. En 1542 fallecía su marido. Viuda antes de cumplir los cuarenta, Chiara Matraini disfrutó de cierta autonomía haciendo de su hogar un exquisito salón literario en el que pronto empezaron a circular chismes escandalosos, pues la joven viuda no tuvo reparos en disfrutar de la vida y amar a quien ella quería. Uno de sus amantes, Bartolomeo Graziani, resultó ser un hombre casado. No sabemos si por sus amoríos con la dama o por qué razón, lo cierto es que fue asesinado por desconocidos. Los rumores de venganza por parte de su mujer y otras ideas truculentas sobrevolaron las hermosas calles de Lucca sin que nadie fuera capaz de dilucidar nada de aquel oscuro episodio en la vida de Chiara que no hizo más que mancillar su reputación.

Como no podía ser de otra manera, Chiara, la poeta, canalizó su dolor a través de la pluma,

dedicando hermosos versos a su amado cruelmente aniquilado.

Alma pura, eterna, gozosa y noble, tú
que, acabando tu vida en la mitad de tu edad, has
volado entre los espíritus bienaventurados,

Entonces, sintiendo tu dolor
mortal en una horrible visión negra y
mortal, te vi dejar tu cuerpo mortal a
una serpiente despiadada, con la única
intención de destruirte, por lo que picó tu corazón,
y tu vida terminó ese mismo día, y
la serpiente estaba contenta. ¡Oh, despiadado y
destino! ¡Oh, Muerte implacable! ¹⁶ [amargo

La música y la poesía fueron los compañeros en la vida de Chiara. En 1555 publicaba su primera compilación de versos y desde entonces no dejaría de escribir poesía y textos religiosos. Chiara consiguió ser literata, a pesar de que, como ella misma denunció, las mujeres nunca lo habían tenido fácil:

No es como algunos han dicho o dicen todavía, llevados por la malignidad expresada junto con su ignorancia, que la mujer es de tal imperfección que no es capaz de ninguna ciencia o arte... y lo que ellas no logran en estos campos es solo porque nunca se les dio oportunidad, siempre se mantienen dentro de la casa, ocupadas en trabajos serviles, y los hombres se atreven a decirnos que solo merece elogios aquella mujer cuyas obras y elogios no salen de las paredes de su hogar.¹⁷